

de genio pronto y arrebatado, é inteligentísimo en el arte de la guerra, defendieron el proyecto del Virey con tanto calor y con tan poderosos argumentos, que decidió al cabo el consejo su ejecución (1).

CAPITULO XXV

Sin pérdida de tiempo combinó su plan el activo conde de Oñate. Circuló las órdenes necesarias con el mayor recato, y dió las instrucciones convenientes con la mayor reserva; y aprovechando el oportuno socorro llegado de España en una galera de Sicilia, de quinientos buenos soldados al mando del valeroso maestro de campo don Alonso de Monroy, decidió la jornada.

Reforzado el castillejo de Nisida, reconocidos los puestos militares de los rebeldes, y puesto de acuerdo con los *capas-negras*, y con los jefes populares ganados de un modo ó de otro, antes de amanecer el memorable día 6 de abril de 1648 puso el determinado Virey sobre las armas todas las tropas desarmadas, españolas, napolitanas y tudescas, que formaron una columna de poco más de tres mil hombres. El denodado don Juan de Austria fué de los primeros en acudir á caballo; y como el conde de Oñate le rogase que no saliera del castillo, ni aventurara su persona en aquella jornada, en que podía ser grande el riesgo y el éxito dudoso; le contestó resuelto y como verdadero príncipe, que porque lo consideraba así no dejaría de hallarse en ella y de hacer lo que á su alto nombre convenia. Llegada la hora y dada la señal, marchó la fuerza unida al puesto de San Sebastian; y de allí partiendo á un mismo tiempo las distintas divisiones que debían atacar simultáneamente los puestos populares, se dió glorioso principio á la reconquista de la ciudad.

El maestro de campo Caraffa, con ciento sesenta españoles y cincuenta napolitanos, tomó la puerta de Alba y los baluartes de la de Constantinopla, encontrando escasa resistencia, y fué á reunirse á la plaza del Almirante con don Diego de Portugal, que la había ocupado con trescientos españoles, para sostener el capitán Vargas, que entró en el alojamiento del duque de Guisa arrollando su guardia. El puesto de Sant-Anello fué acometido vigorosamente y tomado por el maestro de campo Genaro con cien españoles, cien valones y doscientos tudescos. El marqués de Torrecusa se encargó con un pelotón de veteranos y de oficiales excedentes de atacar la Vicaría, como lo ejecutó con felicidad; y detrás de estas columnas, que á un mismo tiempo obraban, sostenidas por otras que las seguían de cerca, salió la caballería mandada por el general Tuttavilla, llevando á sus órdenes al marqués de Peñalva, á don Alonso de Monroy, al príncipe de Torella y á otros nobles napolitanos; y ya se dividía para sostener los ataques, ya se reunía en las plazas, según convenia al plan propuesto, ó lo exigían las circunstancias. Mandaba la retaguardia el señor don Juan de Austria, cercado de una escolta de nobles napolitanos á las órdenes del duque de Andria, y llevaba consigo el tercio de Vidma y la caballería del país; dividiéndose ó reuniéndose esta fuerza oportunamente, según convenia al éxito de la operación, ó lo exigía el terreno; y detrás con la reserva marchó el Virey, conde de Oñate, con la caballería borghona y algunos arcabuceros españoles escogidos. Acompañábanle los generales Güzman, Bateville y Visconti, con otras personas de importancia, y acedia con actividad é inteligencia á donde era menester.

Ni uno solo de los puntos embestidos pudo resistir el ímpetu de nuestras tropas; y dejando en los más importantes un piquete que los custodiase, sin perseguir á los fugitivos, ni ensangrentarse en los vencidos, volvieron á reunirse las fuerzas en tres columnas, para atravesar la ciudad, y caer á un tiempo sobre la plaza del Mercado y el barrio del Lavinaro; pues las turbas populares que habían sido desalojadas con tanta facilidad, se refugiaron en aquellos puntos, donde rehechas y engrosadas con todos los habitantes de ellos, se disponían á arrancar á los españoles la, hasta entónces, tan fácil y rápida victoria.

El cardenal Filomarino, que aunque había cooperado á las últimas negociaciones, lo había hecho con frialdad y corto empeño, sabiendo que el Virey y el príncipe estaban reconquistando tan fácilmente la ciudad al frente de un puñado de soldados, y que pasaban con sus columnas vencedoras cerca de su palacio, salió á pie y en ropa de casa á su encuentro, para felicitarlos y ofrecerles su cooperación. Acogiólo el conde con muestras de gran respeto y de atenta cordialidad; y disponiendo le trajesen al proviso sus vestiduras de ceremonia, y dándole un caballo dignamente enjaezado, que llevaba de respeto, lo puso al lado del príncipe, continuando la marcha hacia la plaza del Carmen (2).

A medida que se acercaba el rumor de las tropas vencedoras, se enfriaba el ardor de las aun respetables masas, que aunque en desórden y con la confusión propia del caso, podían haber hecho una obstinada defensa. Sólo Mateo Amore osó adelan-

tarse al encuentro de las columnas con unos cuantos valientes; pero pagó con la vida su temeridad. Lo mismo acaeció á Pedro Longobardo en el barrio del Puerto, donde opuso á las fuerzas españolas una obstinada resistencia. Estos últimos descalabros acabaron de desanimar al pueblo, y á media mañana las escasas tropas del Rey eran dueñas de toda la ciudad, sin más pérdida que la de diez hombres, tan corta fué la resistencia que encontraron; pues por todas partes, al grito de *viva el Rey, viva la abundancia, no más gabelas*, caían las armas de las manos de los rebeldes, y se poblaban las calles, balcones y azoteas de alegre gentío, que repetía agitando en el aire blancos pañuelos: *viva la paz, viva el Rey de España*.

Sólo quedaban ya en poder de la rebelión San Lorenzo, puerta Nolana y el torreón del Carmen. Envío el Virey dos destacamentos á apoderarse, como lo lograron sin dificultad, de los dos primeros puntos; y puso todo su conato en ocupar lo más pronto posible el tercero, que era el verdaderamente importante. Reunió las fuerzas todas, no dándole ya cuidado los barrios bajos; y encargó al príncipe don Juan que las llevase sin detenerse á la plaza del Mercado, mientras con algunos arcabuceros escogidos y caballos á la ligera, recorria y aseguraba las avenidas de las calles laterales, y se apoderaba de paso de algunos puestos de poca importancia, y cuerpos de guardia, que podían aún servir de puntos de reunión á los desesperados; y se llevó consigo al Cardenal arzobispo para asegurárselo, conferenciando con él sobre el modo de restablecer completamente la tranquilidad, después de afianzada la victoria.

Sin oposición ni contratiempo alguno llegó el señor don Juan de Austria á la plaza del Carmen, donde pálido y temblando salió del convento y se arrojó á sus pies el nuevo electo del pueblo; el cual oyendo en los benignos labios del Príncipe las consoladoras palabras de *perdon y olvido de lo pasado*, se animó algún tanto, le besó la mano, y tomando un caballo lo siguió en silencio. Vinieron muy pronto el Virey y el Arzobispo; y extrañando que no se hubiese ya presentado Genaro Annese, y advirtiéndole que el torreón daba muestras de ponerse en defensa, enviaron un oficial de energía á entenderse con el maestro arcabucero. Este conternado le dijo, que pues se hallaba allí el cardenal Filomarino, deseaba tratar con su Eminencia. Diósele gusto, por evitar inútiles desgracias, y entró el Prelado solo en el torreón, y no tardó en salir dejando convenido á aquel hombre soez, pero todavía temible, de que rendir y entregar la fortaleza inmediatamente era lo que le cumplía. Envío el Virey á don Carlos de la Gatta á posesionarse de ella, pero el pífido Annese con su gramática parda, mostrándose muy solícito en enterarle menudamente de las armas, viveres y municiones que estaban allí almacenadas, retardaba visiblemente la entrega, con lo que cansada la paciencia del Virey, que se había apoderado entre tanto del convento, mandó arriar dos petardos á la puerta del torreón (3). Su estruendo y el efecto que produjeron aterraron á Genaro Annese, y salió pálido, trémulo, miserable á entregar las llaves de la fortaleza al Príncipe español. Acogiólo don Juan con benignidad, manifestó con el ademán y con las palabras que lo perdonaba, y como aquel villano aun continuase dando muestras de terror y de desconfianza, le gritó Su Alteza con enfado: *Por vida del Rey, mi señor, á zese y no dude que está perdonado* (4). Don Carlos de la Gatta fué en el acto nombrado gobernador del torreón, y quedóse en él con dos compañías escogidas de españoles, y algunos artilleros alemanes.

Enarbolado el estandarte real en la ciudadela de la rebelión, la capital toda estaba en poder del Virey, cuya osada empresa había completamente coronado la fortuna. Sólo restaban dos cosas: asegurar completamente la victoria, y dar gracias al Todopoderoso. Para lo primero envió el conde de Oñate al general Tuttavilla y al valeroso don Alonso de Monroy, con fuerzas escogidas, á ocupar las alturas del Vómero y las marinas de Chiaja, é impedir al duque de Guisa la vuelta á la ciudad. Para lo segundo don Juan, á la cabeza de las tropas vencedoras, se dirigió á la catedral. Cantóse allí un solemne *Te Deum*, con gran concurrencia. En seguida dió el Príncipe un paseo triunfal por las calles principales, colgadas y adornadas ricamente, y puestos de trecho en trecho retratos del Rey, victoreados sin cesar por un inmenso gentío. El historiador de Santis, testigo de vista, refiere con estas palabras, que traducimos del italiano, tan inesperada escena: «Era cosa increíble el ver cómo lloraban de ternura y de alegría, hombres, mujeres, jóvenes, viejos, ricos y pobres, y abrazarse amigos y enemigos, habitantes y forasteros, sin rencor de pios pasados robos y recientes violencias... Parecía que no había más que una voluntad, la de gozar la paz tantos meses desataca.» El barón de Modéna la refiere también casi en los mismos términos.

Entre los sonoros aplausos de la muchedumbre alborozada llegaron á palacio el Príncipe, el Virey

y el Cardenal, seguidos y acompañados de los generales y consejeros, de los señores napolitanos y jefes populares, que ó se habían rendido á tiempo, ó habían contribuido á la feliz pacificación. Las tropas se retiraron á los cuarteles y castillos, desbaratando ántes las trincheras y empalizadas de los puestos populares. Gruesos retenes quedaron en los más importantes, y numerosas patrullas se deramaron por la ciudad, con órdenes terminantes de observar la más estrecha disciplina, y con pena de muerte para el soldado que molestase en lo más mínimo á los habitantes.

El estruendo de las salvas, el rumor de las aclamaciones populares y el rimbombé de las campanas, avisaron al Duque de que algun suceso de mucha importancia ocurría en la capital; y levantando el campo, trató de regresar á ella inmediatamente. A pocos pasos llegaron confusas nuevas de lo ocurrido, pero que no dejaban duda del completo triunfo de los españoles, y vióse el Duque francés en el momento abandonado por las fuerzas populares que acudílaban. Resolvió entónces, seguido de algunos caballeros, dirigirse á Aversa, para ponerse á la cabeza de las tropas que amagaban á Capua y hacer con ellas el último esfuerzo. Pero al anochecer llegó allí, antes que él, la noticia exacta de lo ocurrido en Nápoles; y aquel ejército popular, ya muy indisciplinado y desobediente por la falta de pagas, se dispersó en cortos instantes. Informado de todo don Luis Podérico, y temiendo la fuga del Duque al Estado romano, derramó su caballería por la frontera para cortarle el camino. El desgraciado Príncipe, perseguido y cercado por todas partes, y no sólo ya por sus enemigos sino también por sus propios soldados y por los villanos de la comarca, que pocas horas ántes lo vitoareaban y obedecían, trató valerosamente de abrirse camino con la espada. Pero herido su caballo, y estrechado de cerca por el bizarro Visconti, teniente de la compañía de corazas de don Diego de Córdoba, se entregó prisionero, y fué conducido á Capua con diez caballeros franceses, que como buenos no lo abandonaron. Recibiólo allí cortesmente el general Podérico, púsole á buen recaudo y dió aviso al Virey. Dos días después fué conducido á Castelvolturno, y de allí al castillo de Gaeta, donde el severo conde de Oñate quiso cortarle públicamente la cabeza. Mas el señor don Juan se opuso, hasta recibir órdenes del Rey. Así se hizo, y á pocos meses vino la de que fuera el Príncipe prisionero á España, donde no tardó en recobrar su libertad (5).

Con gran rapidez se extendieron las noticias de lo ocurrido en la capital, y de la prisión del duque de Guisa, por todas las provincias del reino. En todas ellas cesaron al punto los horrores de la guerra, y todas despacharon comisionados á Nápoles para someterse á la autoridad del Virey é implorar la clemencia del príncipe don Juan. Y aunque después de trastornos tan complicados como habían agitado aquel vigoroso país, era difícil restablecer pronto y de un golpe la calma y el reposo, la entereza del conde de Oñate, templada acaso por la benignidad de don Juan, y la prudencia, sagacidad y tacto de ambos, restablecieron el imperio de las leyes y el órden público, borrando pronto hasta las huellas y recovecos de tan calamitoso período.

No cumple ya á nuestro propósito referir, que algunos días después, habiendo momentáneamente aparecido á la entrada del golfo la armada francesa, se descubrió una conjuración de poca importancia, que costó la cabeza al turbulento Genaro Annese. Ni cómo el activo conde de Oñate aseguró el estado de Nápoles, desalojando gallardamente á los franceses de la isla de Elba y de las costas de la Toscana. Ni tampoco que mucho tiempo más adelante, el atrevido duque de Guisa volvió, sin éxito, á dejarse ver en las playas de Castellamare. La sublevación napolitana, que nos propusimos referir, empezó el 15 de julio de 1647, y terminó, cansada de sus propios esfuerzos y vencida por la perseverancia española, el 6 de abril de 1648; corto período en que demostraron los napolitanos un valor fabuloso, y á veces una ferocidad inaudita; y los españoles una constancia heroica.

El primitivo objeto de aquel movimiento popular, esto es, el de la abolición de las gabelas, quedó conseguido; aunque á costa de un mar de sangre y de pérdidas incalculables, que hicieron, como siempre acontece en tales casos, mucho más doloroso y terrible el remedio que la enfermedad. El anhelo de emancipación y de independencia que nació en el curso de la conmoción, aunque noble y generoso, fué tan inoportunamente concebido, y por tan malos medios, y por tan impotentes manos encaminado, que no podía tener efecto. El cielo en sus inescrutables decretos tenia guardada la emancipación é independencia del reino de Nápoles para un siglo después; y de un modo más tranquilo, legítimo y conveniente, que afianzara, bajo el cetro de un gran príncipe de la casa de Borbon, su grandeza, su gloria y su estabilidad. — *Nápoles, año 1847.*

(5) De Santis. — Comte de Modéne. — M. Marie Tourge-Lorédan. — Capcelatro, MS., y otros autores.

VIAJE AL VESUBIO

Desde mi llegada á Nápoles, el objeto que más me ha ocupado la imaginación ha sido el Vesubio; ese soberbio gigante, que se alza aislado y solo en medio de la llanura más hermosa y apacible del mundo; que domina el golfo más risueño del Mediterráneo; que se ve circundado á respetosa distancia, por elevados montes cubiertos de población y de arboleda; que me mira á sus pies, más como tirano que como protector, una de las primeras y más ricas capitales de Europa, considerables y risueñas poblaciones y preciosas quintas, que duermen tranquilas sobre otras famosas ciudades y apacibles jardines, que ha devorado el volcán. Así los niños juegan, travesan, descansan y duermen entre los árboles y flores del cementerio, en que yacen sus abuelos, sin recordar siquiera sus nombres, y sin pensar que les aguarda el mismo destino.

¡Cuán gallardo se eleva el monte Vesubio, ofreciendo desde lejos al viajero atónito sus atrevidos contornos, que se destacan sobre un apacible cielo y que encierran la figura de un ancho como casi regular, desde que se separa de la montaña de *Somma*, á quien está unido por la base, y con la que se cree que en tiempos remotísimos formaba un solo cuerpo!.... Lo fértil y risueño de la falda, donde reina una perpetua primavera; la abundante y lozana vegetación de sus empinadas lomas; su elevada cima cubierta de escorias y cenizas, que se bañan por la tarde de un apacibilísimo color de púrpura; y el penacho de humo, ya blanquecino, ya negruzco, ya dorado por los rayos del sol, que corona su frente; forman un todo tan grande y tan magnífico, que visto una vez no se olvida jamás, porque nada puede borrarlo de la fantasía.

La subida al Vesubio debe hacerse de noche, para gozar mejor del efecto del fuego, y para admirar desde su elevada cumbre el amanecer, la salida del sol, y á la luz del nuevo día el magníficísimo país que señorea. No quise pues dejar pasar la hermosa y apacible luna de julio, sin que me alumbra en la pensosa diversion de preparar á las cumbres del volcán, que estaba además encendido y amagando una pequeña erupción.

A las once de la noche del día 31 de julio, salimos de mi casa de Nápoles, en dos carretelas, las siete personas que formábamos la expedición: entre ellas la joven y linda condesa de Scalfani, con su marido (españoles); el príncipe de Schwarzenberg, y el señor Yrizar, magistrado de Filipinas, que acaba de venir de allá por el istmo de Suez. La luna estaba en todo su esplendor, y rodaba por un cielo purísimo. No agitaba la atmósfera el más pequeño ambiente. El mar, tranquilo como una mansa laguna, dormía mudo en las blandas arenas de estas risueñas playas. Rápidamente recorrimos el camino de más de una legua que ya hasta *Ressina*, y que es una calle continua de palacios, verjas de jardines y elegantes edificios, que iluminados por la luna parecían la decoración de un teatro. Durante nuestro viaje, no separamos los ojos del coloso á cuyos hombros íbamos á examinar de cerca. Su oscura masa se dibujaba clara y distintamente sobre el fondo del cielo estrellado, coronando su cima una columna de humo encendido. Parecía el inmenso casco empavonado de un Titan, sobre cuya cimera volaba un penacho rojo.

Llegamos á *Ressina*, donde ya teníamos preparados guías, caballos, portantinas, hachas de viento y las provisiones necesarias para tan penosa expedición. Pero encontramos agitada la gente con la noticia de haber ladrones en la montaña. Y era cierto. Dos viajeros españoles habían retrocedido desde la ermita para esperar mi llegada, y hacer la subida con más seguridad. Eran estos el señor don Lino Campos y el señor Basualdo, que vinieron inmediatamente á saludarnos, y nos refirieron que dos viajeros prusianos, que acompañados de un solo guía subían al cráter, acababan de encontrarse con cuatro facinerosos que los habían robado y mal herido á uno de ellos. No nos arredró este acontecimiento, porque éramos muchos y ya se había puesto en movimiento la gendarmería del territorio, para asegurar el monte, donde preciso es decirlo en honor de la verdad, ocurren muy rara vez casos semejantes.

Dejamos nuestras carretelas, montamos en los caballos acostumbrados al viaje, y formamos una caravana de catorce personas, con gran número de guías y el capataz de ellos, hombre muy práctico

en aquellos escabrosos lugares. A pesar de que la luna era clarísima, como teníamos que atravesar los callejones que forman las cercas de las huertas y jardines, y luego por entre espesas arboledas, se encendieron varias hachas de viento, á cuya roja luz presentaba una apariencia verdaderamente fantástica nuestra cabalgada, rodeada de aquellos hombres atléticos y medio desnudos, de rudo aspecto y de robustas formas.

Empezamos á subir lentamente por un camino pedregoso y desigual, y desembarazados de los tapias y caserías, entramos en los bosques y viñedos que cubren y entapizan aquella falda; y notamos que el Vesubio, que desde lejos parece tan liso, unido y poco fragoso, tiene quebras asperísimas, profundos valles y espantosos despeñaderos; semejante á aquellas personas que parecen de lejos y en visita tan apacibles y mansas de condición y que luego en sus casas y tratados de cerca, se ve que son unos verdaderos tigres.

A la hora larga de viaje penoso, llegamos á la ermita, situada en una loma del monte, como á un tercio de su altura. Llámase ermita á un edificio muy capaz, con salon para viajeros, cocinas, caballerizas, tabernas y otras dependencias, y que aun le cuadraría más bien el nombre de *parador*; como le estaria mejor el de *mesonero* al ermitaño, que no tiene de tal sino el hábito. Es un hombre de más de sesenta años, que lleva más de veinte de estar en aquel, no yermo, sino tránsito continuo de extranjeros y nacionales de toda categoría, condición, edad y sexo; y concélese á la legua que es hombre de mundo, y acostumbrado al trato de gentes. Apéanos todos fatigados y hambrientos, y aunque es contra regla el tomar alimento ántes de la subida, porque con el estómago lleno se hace más fatigosa y hasta puede ser nociva, estábamos todos tales, que resolvimos de comun acuerdo, cenar ante todo. Subimos pues al salon de la *ermita-posada*. Allí nos hicimos servir el repuesto, y devoramos un corpulento *paté de foie gras*, y varias sabrosas frutas, agotando, entre alegre conversación, dos botellas de exquisito vino del Rhin, y otras dos de deliciosa manzanilla de Sanlúcar. Entre tanto el *ermitaño-posadero* nos presentó el libro en que suelen escribir sus nombres los viajeros, y no lo hicimos nosotros porque vimos en sus hojas mil necedades, escritas en varios idiomas, y algunos extravagantes dibujos más de obscena mano que de mano maestra. Nos deteníamos allí más de lo regular, cuando nos puso en movimiento la áspera voz del capataz, diciéndonos que si queríamos llegar al cráter ántes del amanecer, no nos podíamos ya descuidar.

Volvimos á nuestras cabalgaduras, y en ellas aun anduvimos otros tres largos cuartos de hora, por tortuosas sendas y estrechos y difíciles desfiladeros, atravesando un terreno asperísimo, y donde á cada paso aparecía más mezquina y raquítica la vegetación. En las gargantas del monte, á nuestra izquierda veíamos petrificado el espantoso torrente de lava que en la erupción de 1822 puso á *Ressina* muy cerca de correr la misma suerte que *Herculano*, sobre cuya tumba está fundada. Llegamos á una cresta que domina aquellos lugares, y que se llama el *atrio del caballo*, donde descuellan la rústica cruz de madera, límite que marca á los curiosos, que quieren reconocer el volcán en sus erupciones, hasta dónde pueden llegar sin peligro cuando corren las lavas por aquel lado. A poco trecho no quedan ya ni aun señales de vegetación: tiépiérese y bórrese totalmente el camino; y el terreno es ya tan áspero y tan pendiente, que no pueden dar ni un paso más las caballerías, siendo por lo tanto preciso abandonarlas. Allí empieza lo fatigoso y lo terrible de la ascension. A la pálida luz de la luna y á la movible é incierta de las hachas de viento, se ve delante una interminable subida de unos sesenta grados de inclinación, y en algunos parajes casi perpendicular, cubierta y erizada de espesas y colosales escorias, de puntiagudos peñascos, de lava petrificada, de materias carbonizadas y de cenizas negruzcas; horror da el verse á los pies de aquel inmenso coloso que parece esconde su frente en la región del fuego y á cuyos hombros se va á subir. Verificase esto de tres maneras; los muy ágiles y de largo resuello, trepan solos y como pueden por aquellas asperezas, donde no hay calzado que resista, dando continuos resbalones y caídas, y llegando arriba medio muertos.

Los que no se fian tanto de sus fuerzas ni de sus pulmones, se hacen preceder por un guía que lleva dos largas correas cruzadas sobre el pecho: se agarran fuertemente de ellas, y caminan como colgados en la mayor ansiedad, faltándoles muchas veces el terreno en que afirman los pies, y despechados de haber encadenado su albedrío y entregado su suerte á aquel hombre rudo y desconocido, que más ágil y fuerte que ellos se complace acaso en llevar á sus víctimas por lo más difícil y peligroso. Y en fin, los que por su desgracia se encuentran débiles ó enfermos ó con más auz á costas de lo que quisieran, suben en *portantina*. Esta se reduce á una mala silleta de madera blanca, como las del Prado de Madrid, y las de las ventas y cocinas de Andalucía, con dos largos varales de castaño, sujetos y atados á un lado y á otro con tomizas. Las cuatro extremidades de estas dos rústicas palancas, se apoyan en los hombros de cuatro robustos jayanes, que, como á santo en andas, llevan al cutgado viajero en la mayor ansiedad con los pies colgando, y en el más inminente peligro. Lo empinado de la cuesta da una inclinación tan grande hacia atrás á la portantina, que es menester tenerse fuertemente asido á ella para no desocuparla; y trabajan los brazos y los puños todo lo que descansan las piernas y los pies. Como el terreno es tan desigual, á veces los portadores de un lado caminan por un sitio mucho más elevado que los del otro, y el desnivel de aquellas rústicas andas es tal, que parece imposible sostenerse en ellas. Muy á menudo, ó tropieza uno de los mozos, ó se le rueda el terreno, y resbala y cae, y da la *portantina* de repente tal sacudida, que parece va á precipitarse. Ya los cuatro conductores descienden rápidamente, resbalando quince ó veinte pasos, ya se encuentran todos sin apoyo alguno y quedan en un pie buscando el equilibrio, y bamboleano al infeliz viajero sobre aquellos hondos abismos. La subida en *portantina* es la peor de todas, aunque parezca la más descansada.

Apéanos empezamos la nuestra, se cubrió el cielo de espesas nubes, robándonos la luz de la luna, que apareció al través de ellas como un cadáver amortajado; y envolviendo la alta cumbre á donde nos dirigíamos, dieron al fuego un color opaco y más espantoso. Los hachones de viento eran ya los solos que nos alumbraaban en tan penoso paso; y el ver á su rojizo y ondulante resplandor que abultaba las sombras de la montaña, los rudos semblantes y toscos miembros de los guías y la larga hilera que formaba la caravana, trepando aquellos recuestos, y el oír los agudos gritos con que nos llamábamos unos á otros, y las maldiciones y reniegos de los que tropezaban, y los alaridos y palabrazas con que nos animaban y se animaban á sí mismos los hombres de la montaña, y los jayanes de las *portantinas*, y la hora y el sitio á donde con tanta fatiga nos dirigíamos, formaban un todo satánico y aterrador, que no parecía escena de este mundo.

Al cabo de una larguísima hora, que se nos figuró un siglo, llegamos á la cumbre deshechos en sudor y ruididos. Tomamos aliento y nos pusimos nuestros gabanes y capas, porque el frío de aquella región era muy penetrante, y podía sernos muy perjudicial en el estado de cansancio y de transpiración en que nos encontrábamos. Caminamos aun unos doscientos pasos más sobre un terreno poco inclinado, llano y moviedizo, todo compuesto de ceniza y piedras pequeñas, y llegamos al borde del cráter.

¡Quién puede describir el grande, el magnífico, el aterrador espectáculo que se presentó á nuestra vista! Quedamos mudos, inmóviles, extasiados, confundidos... Todas las fatigas, todos los peligros de la subida se nos olvidaron, y los hubiéramos arrostrado cien veces gustosos por vernos allí, por gozar de aquel indescribible prodigio.

En el cráter del Vesubio una conca circular de más de trescientas varas de diámetro, y de unas ciento de profundidad, y hace el efecto de una plaza de toros vista desde el tejado, cuando en su centro se quema de noche un árbol de pólvora. El fondo de esta conca es una costra que cubre el abismo, formada de lavas ya frías y petrificadas, ya escandecentes, y de inmensas masas de azufre. Las paredes de violento y desigual declive, son peñascos inmensos de lava, escorias, cenizas y materias carbonizadas. En medio de esta conca se

(1) De Santis.
(2) De Santis.

(3) De Santis. — Comte de Modéne.
(4) De Santis.

alza un montecillo cónico de unas setenta varas de altura, con laderas lisas, negras y muy empinadas; y termina con una boca casi circular de unas veintiseis varas de diámetro, por la que vomitaba sin cesar una columna de humo espeso, y un vivísimo resplandor. En lo profundo, y como si dijéramos en las entrañas de la tierra, se oía un ronco hervor, semejante á la respiración de un coloso aherrojado; y de rato en rato, con un intervalo muy corto, después de una detonación horrenda, como la descarga cerrada de un batallón, ó el estruendo de una pieza de grueso calibre, lanzaba un río de llamas, que se perdían entre el humo á cuarenta ó cincuenta varas de altura, iluminando en torno los horizontes, y con ellas millares de piedras de todos tamaños encendidas, que abriéndose como un plumero, y elevándose á grande altura, caían luego como un granizo y con horrible ruido, en las laderas del montecillo, rodando por ellas hasta apagar-se ó perderse en los arroyos de lava que lo circundaban, hacían el efecto de las chispas de un fuego de artificio de gigantes.

El cráter del Vesubio estaba la noche que yo lo examiné cual lo acabo de describir; pero varió de forma muy á menudo, y en las grandes erupciones desaparece esta conca, y todo su espacio forma la inmensa boca que arroja humo, llamas y peñascos encendidos, y ríos destructores de lava ardiente, que resonando se derrumban ya por un lado, ya por otro de la montaña, llevando la desolación y el exterminio á muchas leguas de distancia.

El cansancio nos obligó á echarnos en el suelo de aquella cresta sobre la blanda ceniza; pero pronto advertimos que estaba abrasando, y lanzando un vapor sulfuroso que nos ahogaba. Levantámonos más que de paso, y fuimos á buscar descansaderos más fresco. En la mitad de la bajada del cráter, lo encontramos en un enorme peñasco, donde tomamos seguro asiento y reparo contra el viento, que era fresco y penetrante en demasía. Algunos de la caravana no se contentaron con esto y bajaron con gran dificultad al fondo de aquella conca á observar de cerca los arroyos de lava, que como culebras de fuego serpentaban en torno del montecillo. Gran riesgo corrió por cierto uno de los curiosos, pues debajo de los pies se le quebró la costra de lava y se vio muy á pique de hundirse en el abismo del volcan.

¡A cuántas consideraciones filosóficas, á cuántos recuerdos históricos da ancho campo el examen detenido del Vesubio!... Es ciertamente un enano si se le compara con el Etna, y con otros volcanes de América y Asia, pero ninguno de ellos es tan famoso, ó bien porque está más á la mano, y donde se le visita con facilidad, ó porque ha ejercido sus rigores contra víctimas más célebres y más conocidas, ó en fin, porque ninguno ofrece mayor interés á las investigaciones de los naturalistas. Sus erupciones han descubierto claramente cómo se forman los terrenos plutónicos y han enriquecido la mineralogía con mil especies nuevas, y con singulares cristalizaciones, que figuran al lado de las piedras preciosas.

Todo es mudable y perecedero en la cima, en las laderas, en los contornos del Vesubio. Sus convulsiones subterráneas y sus erupciones han variado completamente la configuración del terreno que señorea. Ya ha presentado nuevas bocas, ya no ha dejado ver ninguna. Ya se han alzado colinas en la llanura, ya han desaparecido otras. Ya han retrocedido las playas dejando nevadas ensenadas y acodos, ya han entrado mar adentro formando nuevos cabos y promontorios. Así que la configuración del terreno de Nápoles y de su golfo, es enteramente distinta de la que le dan las descripciones que de ella hacen los antiguos. Pompeya, por ejemplo, era puerto de mar, y las ruinas de aquella ciudad desventurada, yacen hoy cuatro millas distantes de la marina.

Parece lo más conjeturable que el Vesubio se alzó del seno del mar, formando un solo cuerpo con la montaña de Somma, y que ardió en la más remota antigüedad. Apagado después por muchos siglos, disminuyó sus primitivas dimensiones, y se cubrió de vegetación. Consta que en una cueva que en él había se escondieron ochenta y cuatro gladiadores de la conjuración de Espartaco; y que en tiempo de Augusto era una apacible colina cubierta de viñedos y de árboles frutales. En el año 79 de la era cristiana volvió á levantarse bravo y destructor, y como repuestas sus fuerzas con tan dilatado sueño; y destruyó á Pompeya, Herculano, Stabia y otras ciudades y aldeas; dando nueva configuración al terreno, causando la muerte de Plinio el mayor que quiso examinar de cerca aquel cataclismo, y ofreciendo ancho campo á la proverbial beneficencia del gran Tito.

Treinta y seis erupciones ha tenido el Vesubio desde entonces acá. En la del año 472 lanzó tan abundantes cenizas, que oscurecieron el cielo, y llegaron, impulsadas de un recio poniente, hasta Constantinopla. En la del año 1036 volvió á arrojar lava. Pero la más terrible de todas fué la de 1631. Los

historiadores de aquel tiempo hacen de ella una descripción espantosa, y refieren que perecieron más de diez mil personas en los villajes, casales y campos que arrasó la lava. Hacia más de cien años que no daba señales de vida el monte y creían completamente extinguido el volcan, pues según el abate Bracini, estaba reducido á una loma poco elevada, y en su cima, donde ni aun señales había de cráter, y que estaba cubierta de frondosa vegetación, brotaban tres veneros de agua caliente. La elevación que hoy tiene el Vesubio la adquirió repentinamente en posteriores erupciones; en la de 1820 se elevó su cumbre prodigiosamente. Terrible fué la de 1737; se calculó la mole de su lava en un cubo de 113 toesas; aun se ve gran parte de ella hacia la torre de Greco. En la erupción del año 1760 se abrieron diez y ocho bocas que lanzaban fuego y lava en la falda del monte, muy cerca de la torre de la Anunciata, poniendo esta preciosa población en gran conflicto. En la de 1767 los sacudimientos del volcan fueron tales, que tembló la tierra veinte millas á la redonda. En la de 1794 la lava recorrió un espacio de tres millas y media, y entró más de cien varas mar adentro. El frente de este torrente espantoso era de más de cuatrocientas varas, y su altura sobre la tierra de cinco. En la erupción de 1822 llegó á ser de más de una milla el frente de la lava, y puso en gran peligro á Ressa, y otra vez á la torre de la Anunciata. En la de 1834 la masa de fuego rompió con estruendo espantoso hacia la aldea de Otajano, causándole daño incalculable. Desde entonces acá puede decirse que no ha habido erupciones, aunque haya arrojado fuego el volcan. En la de 1839 que fué la última, no merece tal nombre, apenas lanzó lava, y no causó mal alguno.

Mientras duran las erupciones, se oye en la falda de la montaña un espantoso ruido subterráneo, semejante al hervor de una inmensa caldera; y algunos días antes de romper se secan las fuentes y pozos de los alrededores, y se nota algún movimiento en el mar. Algunas temporadas parece el volcan completamente apagado, sin arrojar su boca ni el más leve vapor; déjase entonces que duerme el coloso, y que descansa el genio exterminador que habita en sus entrañas; pero lo regular es que siempre lance humo en mayor ó menor cantidad. Algunas veces arroja ceniza en tanta abundancia, que anubla con ella completamente el sol; otras, arena en tal cantidad, que cae luego como una espesa lluvia por todos los contornos, y también ha lanzado á grande altura copiosos ríos de agua hirviendo. Pero el espectáculo más sorprendente y magnífico que presenta el Vesubio, es el conocido con el nombre del *Pino*. Es esta una columna de humo y de ceniza que se eleva perpendicularmente desde el cráter, á una prodigiosa altura, donde se extiende en torno en inmensa copa, formando la imagen del árbol que le da nombre. Plinio el jóven comparó ya con él este fenómeno, en la carta en que refiere á Tácito la muerte de su tío y la destrucción de Pompeya. Estas son sus palabras: *Nubes oriebat, cuius similitudinem et formam non alia magis arbor quam pinus expresserit, nam vetuli truncus elata in altum quibusdam ramis difundebatur*. El pino que arrojó la erupción del año 1822 se elevó en el aire más de seis mil varas, y su copa presentó al principio una circunferencia de más de tres millas, y se fué luego extendiendo de modo, que cubrió todo el cielo, causando tan espesas nieblas, que no las penetraron los rayos del sol, y hubo en Nápoles treinta y seis horas de oscurísima noche.

Las dimensiones actuales del Vesubio son unas veinte millas de circunferencia en su base y 3,600 pies de elevación sobre el nivel del mar.

No todos los volcanes arrojan lava, y ninguno lo ha hecho con más abundancia que el Vesubio. La lava es una masa de materias metálicas derretidas por la acción del fuego, y que forman una pasta fluida semejante al vidrio liquefacto, que rebosa por los bordes del cráter, y corre por las laderas hasta los valles, hasta la llanura, hasta el mar, arrasando cuanto encuentra. Afortunadamente camina muy lentamente aun por el mayor declive, y si encuentra á su paso algún muro no perforado con puertas ni ventanas bajas, se detiene y para á seis ú ocho pasos de distancia, se hincha, y sin tocarlo, busca curso por uno ú otro lado; pero si hay puerta ó ventana, se precipita por ellas, y destruye el edificio. Cuando su torrente de fuego se acerca á un árbol, aun antes de tocarlo gime y estalla el tronco, y se secan y caen repentinamente las hojas, y arde el esqueleto con vivísima llama en cuanto le toca la lava.

Conserva esta el calor largo tiempo, y empieza á enfriarse cubriéndose de ásperas escorias su superficie. Fria del todo se hace pétreo y durísima y se cortan de ella losas con que están empujadas las calles de Nápoles y de todos los pueblos de la redonda, y grandes sillares para todo género de construcciones. Admite pulimento, y es capaz de todas las labores del más delicado cincel. Su color en este estado, es ceniciento oscuro con diferentes vetas.

También arroja el Vesubio cristalizaciones parti-

cularísimas que trabajadas por el arte parecen piedras preciosas, y que figuran como tales en los más ricos aderezos.

Embebidos en la contemplación del volcan, en recordar su historia, y en oír las vulgares tradiciones que en su dialecto particular nos referían los hombres de la montaña, se pasó rápidamente el tiempo, y empezó la aurora á esclarecer los horizontes. A su blanca luz perdió mucho de su efecto aterrador el fuego del volcan, pero se aumentó el del humo, que se elevaba en fantásticos nubarrones por el espacio. Y notamos entonces que no sólo sabía de la boca del montecillo situado en el fondo del cráter, sino que más ó menos espeso, brotaba por todas las grietas de la montaña, y hasta de las hendiduras de las peñas en que estábamos sentados.

El capataz de los guías nos manifestó que si queríamos gozar del espectáculo del sol naciente, debíamos apresurarnos á subir al más alto pico del borde del cráter que cae á la parte oriental del Vesubio. Subimos á él sin tardanza, enterándonos en la ceniza caliente hasta las rodillas, y tropezando con grandes peñascos de lavas, y al llegar á su cumbre se presentó á nuestros anhelantes ojos la más grande, la más magnífica escena del mundo.

El fresco viento de la mañana había barrido el cielo de nubes y despejado completamente la atmósfera. En aquella altura nos encontrábamos como entre el cielo y la tierra y respirando un aire purísimo. Clavamos en silencio los ojos en el oriente y vimos ceñido el remoto horizonte con una ráfaga de grana perfilada de oro, sobre la cual se dibujaban los contornos recordados de las erupciones del volcan, y por la torre de la *Nunciata*, donde dejando la ribera entramos tierra adentro por las cercanías de Pompeya, y al través de un campo delicioso, cultivado con esmero. Su feraz producción, y sus viñedos formando pabellones, festones y guirnaldas, enlazadas con los árboles pomposos y corpulentos de que está sembrada la llanura, forman un rico y risueño paisaje, de que es último término, por la izquierda, el majestuoso Vesubio, con sus laderas de esmeralda, y su penacho blanquecino de humo y ceniza; y al frente á la derecha, elevadas montañas cubiertas de arboleda y de casas de campo. En una hora llegamos á *Pagani*: esto es, recorrimos seis leguas castellanas, en cuyo tiempo no dejamos de mortificarme las dolorosas reflexiones á que daba lugar al ver en un país, que ciertamente no tiene fama de muy aventajado, caminos de hierro, escuadra, gran número de barcos de vapor, tierras cultivadas con asiduidad y maestría, casas de campo, gendarmes á pié y á caballo perfectamente vestidos custodiando los caminos públicos, poblaciones risueñas, limpias y bien empedradas, industria, tráfico, movimiento y vida, mientras que en nuestra patria tan grande, tan poderosa, tan rica y con tantos elementos para ser una de las primeras naciones de Europa, nada hay de esto, porque pierde el tiempo y se aniquila visiblemente en inútiles controversias y en encarnadas personalidades.

¡Cuántas emociones tan diferentes, pero tan grandes sentimos aquella noche y aquella mañana! Emociones que han dejado tan profunda huella en mi imaginación, que no se borrarán jamás. Si, habíamos visto las más admirables obras del Criador; habíamos contemplado lo terrible de su ira en la boca del infierno, en el cráter de un volcan, y lo grande de su beneficencia en la puerta del cielo, en el sol...

Ya era tiempo de descender del Vesubio, el calor empezaba con el día y dispusimos volver á dar reposo á nuestras almas y á nuestros cuerpos igualmente fatigados.

Desde aquella alta punta en que nos encontrábamos descendiendo, hasta lo más profundo del valle que separa la montaña de Somma del Vesubio, una lisa rampa de ceniza de unos 50 grados de inclinación. Por ella se deja uno ir con gran rapidez, y sin poderse detener dado una vez impulso al cuerpo. Así lo hicimos, y en diez minutos ó antes ya estábamos en la tierra de los mortales. Divertidísima es esta bajada, en que muchas veces se cae de espaldas ó se rueda, sin ningún daño, pero no sin burla y risa de los compañeros de viaje más diestros ó más afortunados. Ni hay en ello más peligro que el de encontrar soterrado en la ceniza algún pedazo de lava, contra el que es fácil romperse una pierna; ó el que algún grueso pedrusco ruede detrás del viajero, lo alcance, lo derribe y magulle.

Deshechas las botas, abrasados los pantalones, destrozadas las levitas y abollados los sombreros, nos encontramos en el valle, y por él anduvimos como unas dos millas para llegar al sitio en que la noche anterior dejamos nuestras caballerías. En ellas y por el mismo camino que trajimos, y que á la luz del día nos pareció mucho más empinado, áspero y peligroso, llegamos á la ermita. Hicimos un breve alto y continuamos molidos y soñolientos á Ressa. Allí tomamos nuestros carruajes que con gran rapidez nos condujeron á Nápoles á donde llegamos á las nueve y media de la mañana. *Nápoles 1844.*

VIAJE A LAS RUINAS DE PESTO

derecha una calzada magnífica construida á media ladera de los escarpados montes que forman la costa, y muy semejante á la que conduce de Calella á Barcelona, llegamos á *Nimuri*, pueblito de la misma fisonomía que el anterior, colocado tambien en las gargantas de un risueño valle. Dos millas después, y casi en igual posición, atravesamos á *Atrani*, población más grande que las anteriores, y patria supuesta del famoso Masanielo, y designado como su casa aun habitada y de pobre, pero limpio aspecto, una que ocupa un empinado risco, entre otras casi iguales que pueblan aquellos montes. Doblamos en seguida una punta donde están los restos de un antiguo castillejo, y llegamos á la famosa ciudad de *Amalfi*, á la que fué rival de Pisa, y émula de la opulenta Génova y de la poderosa Venecia; á la que tanta parte tuvo en las cruzadas, siendo fundadora en ellas de la célebre orden de San Juan de Jerusalén; á la que mereció en fin en el siglo X el pomposo renombre de *Reina de los mares*. Pero ¡cuánto han mudado los tiempos! Ni se concibe cómo un pueblo pequeño, capaz apenas de siete mil habitantes, colocado en la estrecha garganta de un pequeño valle, donde escasea apenas hay espacio para su actual caserío, rodeado de escarpados y altos montes con una reducidísima caía, sin fondo ni abrigo, abierta á los ponientes y á los sures, vientos violentísimos en estos mares, haya podido ser una ciudad de 60,000 almas, el almacén de las riquezas del mundo, y uno de los puertos más famosos y más concurridos de la antigüedad. — No, no se ve allí ninguno de aquellos vestigios de la opulencia y del poder, que se encuentran en otras ciudades decayidas ó arruinadas. — No hay ni una sola casa antigua, ninguna de gran capacidad; no existen ni aun fragmentos de murallas, de almacenes, de muelles, de malecones; de aquellas obras, en fin, indispensables en todo puerto mercantil, para abrigo de los bajeles, para resguardo de las mercaderías, para defensa de la riqueza, para albergue de la opulencia... Hasta cuesta trabajo el creer que hubo allí jamás poder y opulencia. En Pisa decayida y casi desierta se ven luengas y anchas calles, soberbios palacios, fuertes torres y murallas, magníficos puentes, muelles, malecones; en fin, el esqueleto de un gigante; pero en Amalfi... *Eliviam periere ruinae*. Sólo existen allí dos hubieran quedado vestigios en el mismo mar; y léjos de ello, la pequeña caía de *Amalfi* ofrece en toda su extensión un liso fondo de guijo y de arena, sin la menor huella de cimientos antiguos. — En esta ciudad se encontraron por acaso, y de resultados de un saqueo el año 1135, las *Pandectas* de Justiniano, y en ella nació *Flavio Gioja*, inventor de la brújula.

Parece indudable que *Amalfi*, fundada en época muy remota, fué ocupada por los sarracenos la primera vez que invadieron la Italia: que los tiempos de su mayor esplendor fueron los siglos X y XI; que la conquista empezó en las encarnizadas guerras que sostenía con sus vecinos los salernitanos; llegando á tal punto de apocamiento por bandidos, que dos veces la entregaron á las llamas y la saquearon; y como su territorio nada produce, murió la ciudad en cuanto se rompieron sus telares, se hundieron sus almacenes, y dejó de ofrecer seguridad á los traficantes.

A la derecha de *Amalfi*, sobre elevadas rocas, mirando al mar, hay un convento de Capuchinos, al que se sube por una estrecha y penosa escalera de 270 escalones. Fuimos á él al anochecer, y al aproximarnos oímos los sonidos del órgano que hacían un efecto maravilloso entre aquellas peñas, cuyas formas rudas y colosales contornos presentaban una masa imponente y confusa á la borrosa luz del crepúsculo moribundo; recordamos algunas escenas de *Don Alvaro*, y entramos en la pobre y reducida iglesia, cuando los frailes en el coro cantaban completas. La robusta armonía del estrepito

instrumento y el canto llano de la comunidad, no dejaron de conmovernos á aquella hora y en aquel devoto, retirado y humilde santuario.

Pronto supo el guardian que había extranjeros en su convento, y envió á dos frailes á obsequiarlos y á hacer los honores de la casa. Nos ofrecieron refresco, que no aceptamos, nos enseñaron un claustro antiquísimo de toscas y pequeñas ojivas sostenidas por columnitas acopladas de gusto árabe, luego, á la luz de una hacha de viento, una magnífica espaciosa gruta que hay en el monte; y al retirarnos mandaron á un lego que con un farolillo nos alumbrase para bajar la escalera. No era ciertamente este lego el hermano *Meliton*, pues no desplegó sus labios en el largo tiempo que empleamos en la bajada.

Al acercarnos á la marina oímos un bandolin no mal tocado, y rumor de alegre algazara; pero como la noche era oscurísima, no pudimos columbrar de léjos ni al tañedor, ni á los que aquel bullicio causaban. Al llegar á la playa y al despedirnos de nuestro alumbrador, advertimos que el músico estaba en una barca varada en tierra, y que en su rededor unos cuantos marineros y mozas del pueblo bailaban á su manera. Todo esto á oscuras, lo que daba á la fiesta una apariencia muy fantástica. Entramos en una regular posada donde devoramos una abominable cena, y nos entregamos, rendidos de cansancio, á un profundo sueño.

Al día siguiente á las ocho de la mañana fuimos á ver lo interior del valle á cuya boca está situada *Amalfi*, y se llama *valle dei molini*. Es aunque de menos extensión, muy semejante al de *Tramonti*, poblado tambien de fábricas de papel, y tan risueño y tan pintoresco, aunque no tan feraz y productivo. En seguida en burros con silla y bridon á la inglesa, fuimos á *Atrani* (el último pueblo que atravesamos la tarde anterior) é internándonos en él, dejamos nuestras humildes cabalgaduras, para subir á pié con gran fatiga y calor una penosísima escalera de dos millas de largo que sube á *Ravello*, pueblito fundado en una de las eminencias más elevadas de aquel monte, y desde donde se alcanza una espaciosa y magnífica vista. Entre humildes casas modernas, se encuentran allí importantes vestigios de la pasajera dominación sarracena; y en varios trozos de muralla derruida, y en un patio que se conserva bastante entero, y en otros fragmentos interesantes, reconoció la infancia del arte, que se mostró luego con tanto esplendor en nuestra catedral de Córdoba, en la Giraldá de Sevilla y en los encantados palacios de Granada. Hay en la iglesia de *Ravello* unas puertas de bronce muy notables, un pulpito cuadrado y espacioso vestido de mosaico, y apoyado en seis columnas cuyas basas son toscos leones de mármol y varias lápidas de distintos tiempos. — Dejamos aquel empinado sitio, y bajando la prolongada escalera con gran cansancio, volvimos á cabalgar en nuestros inglesados asnos, y regresamos á *Amalfi*. Comimos con apetito, dormimos una larga siesta, y á las tres de la tarde salimos para Salerno. — Hay un camino á medio construir que siguiendo las sinuosidades de la escarpada costa, va de una ciudad á otra; pero es largo y penoso, y preferimos hacer el viaje por mar. Tomamos, pues, un ligero bote de cuatro remos, muy pintado de blanco, verde y encarnado, con su limpia carroza de cotonia blanca. Al salir de la posada dos padres capuchinos, de aspecto por cierto muy venerable, nos pidieron humildemente les hiciéramos la caridad de conducirlos á Salerno. Accedimos gustosos, y bajamos con ellos á la marina. La que se tituló *Reina de los mares* ha venido tan á menos, que no tiene ni aun un pobre muelle de madera en su arenosa playa, por lo que fué el embarque harto incómodo y desagradable, teniendo que verificarlo, sopena de meterse en el agua, ó por mejor decir en el fango hasta la cintura, en los robustos hombres de los marineros. Estaba el mar en leche, el cielo despejado y puro, cruzado por algunas ráfagas luminosas, la atmósfera en calma sin que la refrescara la más ligera ventolina. La barca empujada por los cuatro remos que meneaban á compás los robustos brazos de cuatro marineros, con camisas blancas como la nieve, calzoncillos cortos listados de azul y gorros colorados, como los que usan los catalanes, se deslizaba rápidamente por el cristalino golfo para doblar la punta del *Orfso*. Teníamos á la izquierda, como á dos